

Mejorando nuestras relaciones con el alumno(a), mejoramos la calidad

Improving our relations with students, we improve the quality

Si nous améliorons nos relations avec l'étudiant, Nous améliorons la qualité.

Fecha de recibo: 05-07-10 - Fecha de aprobación: 06-11-10

J. TOMÁS MARTÍNEZ CÁCERES

De la página 48 a la página 53

Resumen

La sociedad actual y sobre todo la del futuro, necesita profesores implicados en su trabajo que sean capaces de mantener, tal y como decíamos anteriormente, la misma ilusión que cuando decidieron dedicar su vida y su carrera profesional a la enseñanza. **El docente se justifica por el aprendizaje real de sus alumnos, y no por el mero hecho de que él imparta enseñanza.** El educador necesita continuamente ser educado, tal como pretende destacar la presente reflexión.

Palabras clave

Valores sociales, esfuerzo, trabajo, corazón generoso, felicidad, ética profesional, sentido de la ilusión, Calidad educativa.

Abstract

The current society and especially the society of the future , needs teachers involved in their jobs, teachers who are able to preserve , the same motivation they used to have when they decided to dedicate their lives and career to the education. **Teachers justify themselves for real learning of their students,**



not by the mere fact they teach. Educators need permanent and constant process of learning. This aspect is emphasizes in the present reflection.

Key words

Social values, effort, work, generous heart, happiness, professional ethics, illusion, educational quality.

Résumé

La société actuelle mais aussi celle du futur ont besoin des professeurs impliqués dans leur travail. Ils doivent être capables de maintenir la même illusion qu'ils avaient quand ils ont décidé de dédier leur vie et leur carrière professionnelle à l'enseignement. L'enseignant se justifie par l'apprentissage réel de ses élèves et non par le fait simple d'enseigner. L'éducateur a besoin d'être continuellement instruit ainsi que prétend le souligner la réflexion suivante.

Mots clés

Valeurs sociales, effort, travail, cœur généreux, bonheur, éthique professionnelle, sens de l'illusion, qualité éducative.

“Si lo que se intenta es mejorar la calidad, es hora ya de que no se olvide lo que tantas investigaciones han demostrado hasta la saciedad: que el primer factor de calidad de un sistema educativo es su profesorado”.

JOSÉ LUIS GARCÍA GARRIDO

Hemos terminado un siglo que ha dedicado a la escuela, a la educación, una atención que nunca ésta había recibido antes. Una atención impresionante no sólo en aspectos cuantitativos, como frecuentemente se subraya, sino también cualitativamente. Y sin embargo, pese a todo, la preocupación fundamental que nos embarga a principios de este siglo XXI, en materia de educación, es precisamente la de su calidad, sin duda porque pensamos que deja todavía mucho que desear, si atendemos a lo que de hecho producen nuestras escuelas.

Estoy convencido de que en nuestras escuelas de hoy hay también numerosos maestros como Monsieur Germain, que merecerían por parte de sus alumnos un agradecimiento similar al de Albert Camus. Lo que ya no lo estoy tanto es de que esos maestros sean proporcionalmente más numerosos hoy que ayer, o de que esos óptimos maestros de hoy sean realmente mejores que los de antaño.

Carta de Albert Camus al que fue su maestro de primaria en Argelia, y que fue escrita allá por 1957, cuando recibió el Premio Nobel de Literatura. Dice así:

“Querido señor Germain: Esperé a que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiese sucedido nada de todo esto. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo, pero por lo menos ofrece la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continúan siempre vivos en uno de sus pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido.

Le abrazo con todas mis fuerzas.
Albert Camus”.

Elementos constitutivos de la tarea docente

Volvamos al texto de Camus, porque quizá se nos sugiere en él –de esa manera intuitiva con que

los artistas desvelan la realidad de las cosas– los rasgos esenciales que constituyen la tarea docente y que, en consecuencia, producen aprendizajes de calidad. Reparemos en las palabras centrales de la carta: “Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiere sucedido nada de todo esto”. Albert Camus nos proporciona aquí, con gran facilidad y en lenguaje llano, lo que tantos pedagogos teóricos tratan de expresar envuelto en conceptos sutiles y en complicada terminología, consiguiéndolo apenas. A mi modo de ver, los cuatro elementos a los que se refiere son los elementos realmente esenciales de toda tarea docente.

1. El primero de esos elementos viene reflejado en el texto por la palabra *usted*. “**Sin usted**”, dice él. Es decir, alguien que uno recuerda después de muchos años, sin duda alguna porque su personalidad es capaz de impactar, de dejar huella, esté o no esté uno de acuerdo con sus planteamientos concretos. La personalidad, una destacada personalidad, es tan fundamental en el docente como pudiera serlo en un actor o en un dirigente político. Naturalmente, caben muy diferentes perfiles personales; no sería bueno para la educación el definir con trazos uniformistas una pretendidamente general “per-

sonalidad del docente”. Pero esto no significa que cualquier persona sirva para esta tarea, como tan frecuentemente se estima, sobre todo hoy.

2. El segundo de los elementos o rasgos viene definido por la “**mano afectuosa**”. En su caso, Camus la refería al “**niño pobre que era yo**”, pero podría referirse igualmente a otras situaciones, como, por ejemplo, al “niño vago que era yo” o incluso –¿por qué no?– al “niño torpe que yo era”. Lo que importa es comprobar que, en cualquier caso, el verdadero docente tiene por definición una actitud afectuosa hacia el alumno que se le encomienda, y del que desea positivamente sacar el mayor partido posible. El afecto es fundamental en la relación de aprendizaje. Se sabe y se ha dicho desde antiguo. Con toda seguridad, ese alumno que no da el “latazo” en clase y al que sólo deseamos quitarnos de encima no va a guardar de nosotros un recuerdo agradecido. Pero esto no exime al docente de hoy de poseer el rasgo de la afectividad, sino injustamente lo contrario: lo exige en mayor medida. Muchas cosas podrían decirse a propósito de esto. La necesidad, por ejemplo, de que el docente sea capaz de infundir ánimo y no desánimo, como con tanta frecuencia ocurre.

Sobre todo en algunos países hispanohablantes, y entre ellos España, el profesor suele sentirse a gusto encarnando la veste de corrector permanente, descubridor de deficiencias y experto en regañinas: en las escuelas norteamericanas, por el contrario, la actitud general del profesor hacia el alumno suele ser mucho más positiva y estimulante. Sin embargo, también el rigor y la regañina pueden – y a veces deben – venir dictadas por un sincero afecto del profesor hacia el alumno. Lo que importa es que éste se dé en realidad.

3. Naturalmente, la enseñanza es también –cómo no– un elemento constitutivo de la tarea docente. No me suena bien, en general, que el profesor se defina a sí mismo como “enseñante”; pero tampoco entiendo que pretenda ser un educador si no es a la vez un buen “enseñante”, es decir, competente en el arte de enseñar alguna materia o grupo de materias en concreto. Competencia que se manifiesta no tanto en lo que él sabe o cree que sabe como el aprendizaje que obtiene por parte del alumno. Los alumnos dicen a veces que tal o cual profesor sabe realmente mucho en su materia, pero que la enseña fatal; es una manera benévola de decir de él que es un pésimo profesor. La tarea esencial



del docente, como más arriba dije, es producir aprendizaje.

El docente se justifica por el aprendizaje real de sus alumnos, y no por el mero hecho de que él imparta enseñanza.

4. El último rasgo constitutivo mencionado por Camus es el del “ejemplo”. Hoy día, cuando uno habla de ejemplaridad en general, o del ejemplo del docente en particular, hay inmediatamente alguien que le acusa de estar haciendo “moralina”. Y sin embargo, pocas cosas hay tan claras como la de que el alumno aprende siempre mucho más por los ojos que por los oídos, en especial si se trata de un niño o de un adolescente. Escasa credibilidad le merece quien le insiste en leer a los clásicos mientras no se recata de ser visto leyendo sólo la prensa deportiva. Escaso amor al estudio puede infundir quien no manifiesta curiosidad alguna por estar al día en su

especialidad. Hay un montón de valores sociales que la escuela de hoy tiene el deber de transmitir (solidaridad, comprensión, tolerancia, respeto, honradez, veracidad, buenos modales...) y que de ninguna manera transmitirá si los docentes que en ella trabajan no los viven personalmente. Sobre todo, la coherencia o la incoherencia con las propias convicciones, o la falta de convicciones, es algo que el alumno detecta y acusa con particular lucidez. En la novela de Camus que nos sirve de base no se incluye sólo la citada carta de éste a su maestro, sino también una carta de su maestro a él, en la que quedan patentes las convicciones fuertemente laicistas de Monsieur Germain; poco importa saber si el niño Albert Camus y su familia las compartían o no (más bien parece que no, según se atisba en el texto); lo que importa es el gran respeto que le merecían, por tratarse de convicciones vividas y no tanto predicadas. Por lo demás, el admirado maestro que nos retrata Camus viene igualmente recordado por “sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso” con que ejercía su tarea; virtudes todas ellas que el alumno captó sin duda más mediante la convivencia diaria que a través de lecciones teóricas.

Nota 2

Formación continua

El dicho popular “renovarse o morir” puede perfectamente aplicarse al ámbito educativo bajo la forma: “renovarse o dejar de educar”. Entender el cambio, innovar, mejorar... implica, necesariamente, hablar de formación. El educador necesita continuamente ser educado. **Recuerdo aquí mi preocupación y exhortación permanente: “Nadie da lo que no es”.**

Hay una manifiesta incompatibilidad entre tratar de alcanzar y mantener un nivel adecuado de cualificación profesional y mantenerse alejado de un *plan personal de formación*. Tomemos solamente el ejemplo de la tecnología aplicada a la educación: ¿Es posible renunciar al uso de las nuevas tecnologías en el aula?

Ética profesional

Cada día se hace más acuciante la necesidad de recuperar el diálogo sobre la ética personal y profesional. Los centros escolares deben ser un modelo de enseñanza cuyas actuaciones repercutan, a corto plazo, en la consolidación de un clima social más ético.

No podemos olvidar que educamos con la palabra pero también con el ejemplo, nuestros alumnos nos escuchan y además nos observan, captan nuestras virtudes pero también nuestras contradicciones y en muchos casos, lamentablemente, las interiorizan.

Ninguna profesión es entendible desde la falta de ética pero en

educación nuestra responsabilidad es doble: nos afecta a nosotros los educadores y a quienes empiezan a forjar una autoconciencia autónoma. ¿Cómo educar en el valor de la justicia si no tenemos el mismo criterio de valoración con todos nuestros alumnos?

No perder la ilusión

No quisiéramos cerrar este apartado sin hablar de la ilusión. No nos están poniendo fácil a los educadores mantener viva nuestra ilusión. El discurso teórico sobre la importancia de la educación y de los educadores no parece ir mucho más allá de su categoría de discurso.

Las contradicciones de la teoría educativa con la realidad que viven los profesores, son cada vez más evidentes y algunas comienzan a entrar en la categoría de lo insalvable. Con todo y evitando cualquier cercanía al pesimismo, no debemos renunciar, al menos, al mismo espíritu de utilidad y servicio a los demás que nos invade cuando empezamos en este trabajo.

Hay que insistir nuevamente en algo a lo que ya hemos hecho referencia; una gran parte del poder para transformar la realidad educativa y seguir disfrutando al educar, está en nuestras manos. Pongámonos de acuerdo para que, escondido en la dispersión de la incapacidad, no caiga en el olvido este poder para cambiar y seguir avanzando.

Felicidad

Dos son las dimensiones cardinales e inesperables en torno a

las que gira la felicidad de un profesor: felicidad personal y felicidad profesional.

La felicidad personal hace referencia al estado en el que se encuentra un profesor respecto a sí mismo y a su entorno más cercano. La segunda, al grado de satisfacción profesional en que se halla un profesor en su colegio o instituto.

Sería un ejercicio inútil tratar de separar ambas dimensiones de la felicidad. Se puede vivir siendo feliz solamente en una de las dos dimensiones, pero siempre lejos de un ideal de plena felicidad, si es que realmente existe.

En la actualidad, no resulta fácil ser un profesor feliz. El alto grado de expectativas e ilusiones, de ayuda a los demás, que despierta la vocación de profesor, no siempre se ve compensado por la sensación de haber obtenido los resultados esperados. Desgraciadamente esta sensación de “fracaso” nos acompaña siempre, a no ser que fijemos nuestra evaluación de logros a más largo plazo. Los profesionales de la educación vivimos con la permanente necesidad de querer “ver” los resultados de nuestro trabajo en el mismo momento en el que los alumnos pasan por nuestras manos y esto no siempre es posible.

En la mayor parte de las ocasiones, los resultados de nuestro trabajo y de nuestra entrega se pueden ver realmente cuando el ahora no tan niño o adolescente ya no está en nuestro colegio o instituto, incluso cuando está terminando su carrera



universitaria o ha formado su propia familia. En esas ocasiones, en las que coincides con algunos de tus antiguos alumnos por la calle o en el colegio y charlas cinco minutos con ellos, en ese preciso momento es cuando te das cuenta del valor y sentido de tu ilusión. Lo he experimentado frecuentemente, incluso con padres de familia que hoy tienen a sus hijos en nuestro colegio.

En muchos de nuestros cursos de formación nos gusta recurrir al mismo ejemplo: educar es como el chipichipi, esa lluvia fina pero insistente del norte de Guatemala que parece que no te moja pero al final, cuando llegas a casa, estás empapado. **Nosotros tenemos la misión de seguir empapando a nuestros alumnos en conocimientos y en comportamientos.**

Volviendo al inicio de este apartado sobre la felicidad: el objetivo de un directivo/a no puede centrarse de modo directo en la felicidad personal del profesor (pertenece, en caso de que no quiera compartirlo, a su privacidad) pero sí indirectamente desde su felicidad profesional.

La felicidad profesional de un profesor en su colegio o instituto se sitúa en dos ámbitos perfectamente delimitados: el aula y el claustro de profesores.

La misión de un director/a es ayudar a sus profesores a conseguir el mayor compendio y desarrollo posible de ambos ámbitos de felicidad.

El resultado final de este compendio y desarrollo será a corto

plazo; una mayor implicación del profesor en su trabajo. Y a no muy largo plazo: un aumento de la calidad educativa del centro.

Si de nosotros dependiese la elección, nos situaremos primero en el ámbito del claustro de profesores. En parte por ser más complejo, tal como veremos, y fundamentalmente porque de un buen claustro de profesores emana una acción educativa conjunta que acaba impregnando a todo el centro (profesores, alumnos, aulas...), facilitando la labor de los profesores y haciendo mucho más cercano el poder alcanzar el objetivo de ser felices en las aulas.

En el momento de analizar las principales herramientas de dirección en nuestro centro escolar, aparecerán todas aquellas “claves” que creemos contribuyen a crear y consolidar un claustro feliz.

Algunas reflexiones finales

Me gustaría recoger las que han sido las reflexiones más importantes en torno a la pregunta ¿hacia dónde dirigir profesores? Y que bien podrían resumirse en la frase: *la felicidad de los profesores es el motor de la enseñanza.*

Estamos acostumbrados, siempre que se habla de calidad educativa, a orientar nuestro discurso hacia la acción directa sobre los alumnos, a la parte final del proceso en la que

el profesor se encuentra en el aula hablando de historia, matemática... y nos olvidamos de que el éxito de ese último momento depende de la conquista de momentos anteriores. Depende principalmente del estado de ánimo, de la ilusión, de la felicidad con la que el profesor entra en el aula dispuesto a enseñar a sus alumnos lo que tiene que ser y saber.

La sociedad actual y sobre todo la del futuro, necesita profesores implicados en su trabajo, que sean capaces de mantener, tal y como decíamos anteriormente, la misma ilusión que cuando decidieron dedicar su vida y su carrera profesional a la enseñanza. Pero esta implicación tiene un precio: los profesores demandan ser felices y reclaman una sociedad que les confirme algo que ya saben oír: el edificio de un mundo justo, multicultural, solidario y capaz de vivir en paz, únicamente puede construirse desde los sólidos cimientos de la educación.

Cada uno de nosotros somos el fruto de nuestra infancia y cada sociedad el fruto de su educación.

Necesitamos directivos(as) que ayuden a los profesores a ser felices en su trabajo, en el día a día de su colegio o instituto. Directivos(as) que no permitan que se detenga la dinámica interna que impulsa un centro educativo:

